

Miguel Hernández: «El más grande poeta nuevo del catolicismo español» (Neruda)

Del famoso poeta oriolano se ha destacado siempre la fuerza de su eros y de su compromiso social, pero no tanto la veta religiosa de su poesía. El autor de este artículo, que ha estudiado las relaciones de Miguel Hernández con Dios en un libro reciente, analiza en este artículo los rasgos católicos que aparecen como un gaudiana a lo largo de su vida y obra. Desde la infancia, en la Escuela del Ave María de su Orihuela natal, hasta su muerte joven en la cárcel de Alicante.

Nicolás de la Carrera* _____

* Psicólogo clínico. Madrid.

te en una dependencia aneja para alumnos pobres, la escuela del Ave María, subvencionada por la Caja de Ahorros de Nuestra Señora de Monserrate, en clases impartidas por un maestro discípulo del padre Manjón, D. Ignacio Gutiérrez Tienda (3). La crítica hernandiana no ha valorado, quizás, suficientemente la definitiva influencia, para la vocación literaria de Miguel, para su identidad humana, de estos cinco fecundos años. Carlos Valverde define así el estilo avemariano: El padre Manjón «intentaba hacer agradable la enseñanza y el aprendizaje; que los niños aprendiesen jugando al aire y al sol y en movimiento continuo, como es su naturaleza; que dramatizasen y personificasen en diálogo didáctico; que conjugasen el aprendizaje de la mente con el trabajo manual, y para ello que, junto a la escuela, hubiese talleres y granjas; en fin, que aprendiesen a ser hombres en la doctrina religiosa y en la experiencia de la fe» (4). La biografía de Miguel corroborará cuánto hay de raíz en el estilo manjoniano, que cimenta y prefigura la humanidad, creatividad dramática, honda religiosidad natural del poeta/pastor.

A los 13 años pasará a estudiar Bachillerato al Colegio de Santo Domingo como *alumno* becado *de bolsillo pobre*. Durante dos cursos estudia directamente con los jesuitas, obteniendo excelentes calificaciones. Antes de finalizar el segundo año, su padre lo retira del Colegio para hacerle pastor del rebaño familiar como su hermano Vicente. Y no le faltaba el apoyo rotundo de los buenos religiosos para continuar estudios. Así testimonia su íntimo amigo Sijé: «De los profesores me contaba que le decían en el confesonario que si quería ser jesuita, y Miguel les decía que no, y entonces le decían que le darían la carrera que él quisiera, pero su padre no quiso porque decía que no estaba bien tener un hijo con carrera y el otro cabrero» (5).

En sus años de estudiante obtuvo premios de Catecismo, lució la

(3) Ver V. Ramos: *Miguel Hernández*, Gredos, Madrid, 1973, p. 90.

(4) VV.AA.: *Historia de la Iglesia en España, Vol V*, BAC, Madrid, 1979, p. 530 (ver también p. 449). En nota de la p. 291 de la misma obra, M. Cuenca incluye el siguiente párrafo de una carta de Unamuno: «Y salude muy en especial al hombre, y al decir esto me refiero a Manjón, porque es el hombre, así, sin apelativo, en el sentido más noble de la palabra. Usted sabe bien que el deseo de ver por mí mismo su obra es acaso el más fuerte de los que a Granada me han de llevar. Ensancha el pecho del alma ver que, mientras los más no hacemos más que hablar y soltar a los cuatro vientos retórica regeneradora, hay quien calla y obra».

(5) M. Chevallier: *Los temas poéticos de Miguel Hernández*, Siglo XXI, Madrid, 1978, p. 137.

Pastor/poeta adolescente

CON vigorosos y místicos trazos, es un primer ejemplo, perfila en miniatura la cósmica dignidad del pastoril oficio (*Piedras milagrosas*):

Tiro piedras a un cordero,
y cada piedra que tiro
deja en la brisa un suspiro
y en el azul un lucero.

Alegra su casa un patio interior, con un pequeño huertecillo («sitiado abril, tapiada primavera»). Y en él ha plantado con su padre, de chiquito, un limonero. «¡A fuerza de cuánta agua y cuánta cava mías se ha hecho el que se ha hecho! ¡Qué contentos estamos mi padre y el hijo suyo con el limonero! ¡Qué contento debe estar Dios de nuestra obra suya!» (6).

Pero una noche otoñal no logra conciliar el sueño (*Insomnio*). Abre el viejo ventano y se asoma a una luna «alegre y nevada», los sentidos se embriagan. También el oído («y el oído despierta para todo rumor»), y el olfato, y el gusto...

y de un nido cercano, con calientes aromas
viene un poema de arullos de fecundas palomas
a ponerme en los labios un sabor de mujer.

Toda la noche en vela. Al amanecer, se santigua, solloza y canta:

Luego trazo en mi pecho la señal de la cruz.
Y el ventano abandono porque el alba no vea
que un raudal de poesía por mi boca chorrea
y los ojos dos lágrimas me salpican la luz.

Alumno de bolsillo pobre

TODO el campo es sagrado. Orgullosos de su vocación campesina, retará un día al escéptico urbanita: «No vengas mucho a Dios —al campo—, si el gusto por el mundo te acompaña;

(6) M. Hernández: *Obra completa*, III: *Prosas. Correspondencia*, p. 2135.

en Elche (*Canto a Valencia*) o el Viernes Santo (*El Nazareno*). Y, más próximo, el Domingo de cada semana, coloreado con la «luz exultante de un sol de gloria». Los chavales descubren alegremente en ese día los misterios de Dios a la vera del agua, al aire libre, como aprendió Miguel en su escuela del Ave María (*Tarde de Domingo*):

Los zagalillos, tras la doctrina
que les enseña cabe del río
un dulce párroco de faz cetrina,
dan por los huertos su vocerío.

Perfumadas muchachas se pavonean seductoramente bajo arrogantes palmeras. Paisaje y hombre fundidos en la poesía hernandiana:

Rondan las mozas huecas y ufanas
bajo las ropas ebrias de esencias
por la alameda de las mil vanas
palmas que erizan sus eminencias.

La procesión huertana

VAMOS a detenernos en un largo poema de 52 versos, *La procesión huertana*, que refleja, con levantinas pinceladas, la teología vitalista del cabrero.

Avanzan, en dos filas, «cien huertanos patriarcas; / ocho viejas con mantillas de hace un siglo, y cien morenas / lindas vírgenes, olientes al madero de sus arcas». Detrás de un cortejo «de temblores y sonidos» (las titilantes velas —«aves de oro diminutas»— y la alegría del tambor y la dulzaina) vienen cuatro sacerdotes con bordadas dalmáticas. En andas llega la Virgen. Cae la tarde. La Huerta «se ha dormido, se ha encantado». Suenan un cohete y un esquilón. Al llegar la procesión al puente, estalla una traca. La banda de música interpreta entonces con energía la marcha real. «Sueltan perlas los cohetes; / da una brisa perfumada la impresión de una caricia». Toda la huerta se conmueve. Hasta el río, que «alza en comba sus caudales», murmura: «¡Te salve Dios!» Por fin se oculta el sol, y «se rompen flameantes las cien ruedas de cien tracas...», y la cruz cristiana riegan de esplendor en las barracas». Saboreemos detenidamente las dos últimas estrofas del poema:

Por la rútila pupila del lucero vespertino
que divinos parpadeos da surgiendo en la alta esfera,

Dale, dale que calme tales ardores
 lo más puro de tu alma... ¡No tu desdén!
 ¡Ama, niña! No guardes a que esas flores
 de tu cuerpo y tu reja mustias estén.

A la vista, al oído de los tiernos, enamorados, cósmicos versos de esta primera etapa, ¿por qué no confirmarle ya el juicio crítico que escribió para él Ernestina de Champourcin en su antología *Dios en la poesía actual?*: «Su poesía es tierra, fruto, viña, con una sencillez claramente evangélica».

Perito en lanas, perito en lunas

A sus veinte años, va planeando Miguel la fuga de casa. Sueña que en la cercana mayoría de edad se incorporará a la mili, diciendo adiós para siempre a las cabras y al padre. Se viene reuniendo en una panadería de su misma calle con un grupo de amigos —los poetas del horno—, que le animan a publicar sus primeras cuartillas en periódicos locales, le organizan recitales... Ramón Sijé, novio de la panadera Josefina Fenoll que amasa y hornea el pan con sus hermanos Carlos y Efrén, llegará a convertirse en verdadero *agente literario* del poeta cabrero. El tema del pan —como el del vino— vendrá a ser recurrente en su lírica, llegando a cantar, por ejemplo, como sagrados los cereales campos de Castilla (*Sacramental llanura*).

Pero resulta Miguel excedente de cupo para el servicio militar. No puede aguantar más y se escapa hacia Madrid un 30 de noviembre de 1931. Allí pasará medio año de calamidades y descubrimientos. Descubrimiento el de Góngora y la generación del 27, a la que incorpora Dámaso Alonso como *genial epígono*. Calamidades todas: en el alojamiento, la manutención, y hasta en la higiene. Así escribe en vísperas de San Isidro a su amigo Ramón: «Figúrate que esta semana ya no han lavado la ropa interior y no tengo ni calcetines que ponerme. Además, los zapatos amenazan evadirse de mis pies; lo tienen pensado hace mucho tiempo... ¿Qué esperanzas me quedan?».

A los pocos días regresa taciturno, sin apenas dejarse ver, encerrándose en su casa. Pero algo anda tramando el incombustible Miguel. Y aquel verano redacta, desde su huertecillo, *Perito en lunas*, su primer libro, culte-

al desierto y penitente (*Estado del Arrepentimiento*) recupera la gracia perdida, alimentándose con el pan de la Eucaristía. Muere en una hoguera encendida por el Deseo y los Siete Pecados Capitales, liberando así definitivamente su alma hacia Dios.

Hay mucho de Miguel/adolescente-tardío en este relato, mucho de sangre autobiográfica en esta lucha. Pero los personajes representan, como en los intensos dramas calderonianos, diversos niveles de simbolización. Se dramatizarían, en el más alto rango de generalización, los tres grandes momentos de la historia religiosa de la humanidad: Paraíso, Pecado, Redención. Jesucristo Riquelme, en un documentado estudio sobre el *Significado del teatro alegórico y social*, resume así su valoración del Auto de Miguel: «Aun teniendo en cuenta tan sólo los logros parciales —lírica y dramáticamente—, *QV* es una obra de relieve en el teatro poético religioso español, y marca un hito en la historia social del teatro contemporáneo de la derecha» (11).

Un gallo con la cresta bien alta

OTRO capítulo de excelencia para el Miguel católico lo constituyen los poemas publicados en *El Gallo Crisis*, revista oriolana dirigida por Ramón Sijé, que realizó cuatro entregas de seis números entre junio de 1934 y marzo de 1935. Un grupo de jóvenes, que habían estudiado en el colegio jesuítico de Santo Domingo, ante su clausura y posterior sustitución por otro laico, sintiéndose urgidos por el cariz antirreligioso que iba tomando la Segunda República, desde una opción militante de renovación combativa, a la zaga sin duda de la publicación madrileña *Cruz y Raya*, deciden editar una revista que difundiera los valores tradicionales, tan vapuleados por los sucesivos gobiernos de izquierda y sus utópicas y persecutorias leyes.

El Gallo Crisis, a juicio de eminentes críticos, respiraba cierto tufillo fascista. En la *Profecía sobre el campesino*, por ejemplo, «frente a la reforma agraria laica propugnada por la Segunda República —explica Sánchez Vidal—, propone una reforma agraria religiosa... Cabe preguntarse si el poema no es una exhortación al abandono de la *huelga de la cosecha* propi-

(11) VV.AA.: *Miguel Hernández, cincuenta años después*, Comisión del homenaje a Miguel Hernández, Alicante/Elche/Orihuela 1992, pp. 177-190.

innumerables conventos, está demandando rigor y penitencia. Las devociones se entrecruzan en una atmósfera general asfixiantemente controlada. Aunque el 23 de enero de 1932 fue disuelta la Compañía de Jesús en el territorio nacional, parece que todavía podía aplicarse a Orihuela aquella ingeniosa clasificación del poeta Juan Sansano que, ya en 1910, alrededor de *jesuitas de levita* descubría *jesuitas de chaqueta* (15), en clara alusión a antiguos alumnos que llevaban a su quehacer diario la espiritualidad ignaciana.

Pero se habla poco del influjo positivo de los jesuitas de Orihuela en sus educandos, y concretamente en Miguel: en su espíritu de superación, amor a la obra bien hecha, esa voluntad de hierro del autodidacta poeta que, incluso en la guerra, más allá del facilón romance, escribía poemas perfectos (la *Canción del esposo soldado* podría ser un buen ejemplo), de consonante rima y estrofas bien medidas. Hasta el nombre del periódico de 1930 fundado por Sije, *Voluntad*, vinculado a los Sindicatos Católicos de Almarcha, en el que también escribirá Miguel, es un claro exponente de esuferzo combativo, de autoafirmación. La búsqueda de Trascendencia (*A-Mayor-Gloria-de-Dios*) ha sido para Miguel Hernández otra constante irrenunciable a lo largo de toda su vida. Y el amor a los pobres: hasta su casa serpenteaba la fila de necesitados a por su ración de comida en el Colegio de Jesús. «Miguel se quedaba largo rato mirando aquellas filas de seres harapientos —evoca su hermana Elvira—, demacrados, de mirada triste y cuerpos envejecidos» (16).

Cuyo fin es podre y corrupción

EN un homenaje póstumo a Sijé (José Marín, *Pepito*) sentencia Miguel (14 de abril de 1936): «Pocos hombres han vivido una vida interior tan intensa y sangrientamente volcánica como Ramón Sijé». De todos sus amigos era bien sabido cómo le obsesionaba el tema de la muerte. Refiere Hernández (30 de enero 1936): «Pasaba un entierro ante nosotros y le veía estremecerse. Sintió todas las muertes del pueblo...» También evoca emocionadamente Carmen Conde la muerte anunciada de Ramón, que se iba consumiendo como agonizante

(15) V. Ramos: *Miguel Hernández*, Gredos, Madrid, 1973, pp. 21-22.

(16) Ver P. Collado: *Miguel Hernández y su tiempo*, Vosa, Madrid, 1993, p. 50.

vela: «Tenía prisa su frente por ceñirse lienzos que le refrescaran, y fue escogiendo entre los paños de altar, sin que ninguno diera la medida del universo que le requería» (17).

¿De dónde le venía a Ramón Sijé, a la generación oriolana de 1930, esta devoción a la muerte? De la cultura barroca, sin duda, del extremista temperamento español. Aunque, ya desde mediados del XVI, por no decir desde los primeros anacoretas, cierta teología ascética ha venido predicando la *fuga mundi*, que llegaría a radicalizarse en Miguel como estremecedora *fuga corporis*. Repetidas veces cita Ramón, en su revista *El Gallo Crisis* (ver por ejemplo el número de agosto de 1934), al popular autor de *Guía de pecadores*, el dominico Fray Luis de Granada. Nos acompañarán algunos de sus pensamientos a lo largo de las siguientes páginas, como posible raíz oculta del ascetismo hernandiano.

Así presenta Fray Luis su meditación de la buena muerte (I,1,VII): «Porque luego se mueren los pies, aflanse las narices, y la lengua no acierta ya a hacer su oficio, y, finalmente, con la prisa de la partida, todos los miembros y sentidos se comienzan a turbar. Desta manera viene el hombre a pagar en la salida de la vida las angustias ajenas con que entró en ella, padeciendo los dolores, al tiempo de salir, que su madre padeció al tiempo de parir». Y en otro lugar (II,1,IV): «Antes que nacieses eras una materia sucia, indigna de ser nombrada; agora eres un muladar cubierto de nieve, y después serás manjar de gusanos. Pues, ¿por qué te ensoberbeces, hombre cuyo nacimiento es culpa, cuya vida es miseria, y cuyo fin es podre y corrupción?».

Sánchez Vidal sugiere llamar al ejercicio ascético de doma del cuerpo *extremaunción literaria*. El virtuoso penitente reprime sus instintos para liberar el alma. Así agonizaba Hernández (*Cuerpo y alma*): «Me despojo del cuerpo..., / me venzo, mi enemigo». Y, en *Del ay al ay por el ay*: «¡Ay!, todo me duele: todo: / ¡ay!, lo divino y lo humano».

Extremaunción de los sentidos

HABRÁ que purificar la *vista* (*Ciego espiritual*):

Creer para ver tan sólo hace falta:
los ciegos son los otros,

(17) Ver V. Ramos: *Miguel Hernández*, p. 41 y todo el capítulo.

que no ven en la sombra sus miradas...
¿De qué sirven los ojos?

Mejor quedarse ciego (*Ojos indómitos*): «¿Adónde vais, mis ojos desbocados / rostro abajo, saliendo de la senda / de la virtud?... // ¡Ay!: ¿cuándo me saldrá por las pestañas / una diurna y límpida ceguera?»

¿Y con el *oído*? Hacerse el sordo. No hay mejor sordo que aquel que no quiere oír (*Orejas inútiles*). Para una pareja que desea vivir en gracia de Dios, lo mejor es, sin silencios, hablar, hablar, hablar: al faltar las palabras, podrían enredarse los cuerpos en diálogo de tactos. Si el juego erótico se enciende, se inflamarán también las llamas del pecado (*Silencio amoroso*): «Lo que es peligroso / en una pareja / de amor, es callar, / porque, sin la lengua / discurre la carne, / políglota terca. / Silencio. ¿Sí o no? / ¿Sí? ¿Ya?... ¡Qué tristeza!»

Proporciona paz, espiritual alegría, alejarse de flores y perfumes erotizantes (clavel y rosa), que halaguen al *olfato* (*Nariz flaca*). Y es virtuoso acercarse a los aromas puros, blancos, ascéticos (jazmín, cardo, azahar):

Me inclino hacia el clavel; a la azucena
le desoigo el lamento claro y leve;
del lado de la rosa el pie se mueve,
y le doy al jazmín, ¡qué pura pena!

Partidario del cardo antes de ahora,
esquivando su imagen de tortura,
dejo desamparados los azahares...

Arden las manos de pasión táctil. Pero *tocar* también es pecado (*Manos culpables*):

Ay, por vosotras, seno es el racimo
y ¡ay! por vosotras sexo boquiabierto
la sonrisa informal de la granada.

No me llevéis, sonámbulo, al arrimo
de los dulces pecados de mi huerto
y su mollar materia gusanada.

El gusto barroco de la muerte se le escapa también al poeta en un madrigal envenenado escrito para su novia Josefina (*Primavera celosa*) (18):

(18) Acabo de descubrir, en edición de 1990 (La Veleta), un inquietante y bien construido soneto de Rafael Sánchez Mazas, que también escribió para *Cruz y Raya*. Su título: *Al que tenga en sus manos*

Sin sospechar sus gusanos
llega tu carne a sus plenos,
y se me encrespan las manos
y se te encrespan los senos.

Ya no fluyen tus savias

Y llegamos al *gusto*. En *Del mal en peor* se equiparan pecado original y pecado sexual. La voluntad-que-no-cesa de Miguel no alcanza la pureza que ansía. Y cae y se levanta y cae de nuevo, en tantálico suplicio:

«Dame, aunque se horroricen los gitanos,
(dije una vez hablando a la serpiente,
con un deseo de pecar ferviente)
veneno activo el más, de los manzanos.»

Inauditos esfuerzos, soberanos,
ahora mi voluntad frecuentemente
hace por no caer en la pendiente
de mi gusto, mis ojos y mis manos.

Antes no me esforzaba y me caía;
y ahora que, con un tacto, un susto, un cuidado,
voy sobre los cristales de este mundo,
no me levanto ni me acuesto día
que malvado cien veces no haya sido,
ni que caiga más vil y más profundo.

Refiriéndose a los sentidos del gustar y del tocar, Fray Luis de Granada enseña (II,2,XV): «Y así como estos dos sentidos son los más viles y materiales de todos, así los deleites que dellos proceden son los más viles y más bestiales, pues no hay animal en el mundo tan imperfecto que no los tenga».

mi calavera. «Bien pelada por ávidos gusanos, / nitida, calva, sonriente, huera, / tibia de sol tendrás mi calavera / bajo el cielo de abril, sobre tus manos. // En ella buscarás ecos lejanos / como si un caracol marino fuera, / pues te llegó rodando a su manera / de tiempo en los ignotos oceanos. // Tú le preguntarás, dime ¿qué sabes / del tiempo en que tu risa florecía / y el dulce amor sobre tus ojos era? // Y respondiendo a tus preguntas graves / amarga y voluptuosa de ironía / reirá bajo el sol mi calavera». Humor negro muy hispano.

El símbolo que mejor expresa, para mí, la congelación de vida, el ascetismo masoquista, la mala muerte lenta que subyacen en estos poemas, es un árbol en invierno (*Árbol desnudo*):

Ya no fluyen tus savias ni tu cuerpo,
ya puros a la fuerza...

Dios, el tiempo y el frío: puras nadas,
de mondez te han vestido.

Como la muerte, árbol ya de ramas,
de luz y de vacío.

Lo que no cae ni palidece nunca:
la desnudez del hueso,
sin mentiras, sin pámpanos ni frutas,
ni favor ni deseo...

Pero en tan cruel y dura guerra ya se levantan las alas de una nueva y espiritual creación:

A la sombra sin sombra de tus ramas,
con afición de azules,
el cuerpo se me cae de mí, y, adana,
el alma se descubre...

Las Cuatro Estaciones según Miguel

SE manifiesta en el ser humano cierta primitiva necesidad de *dicotomizar* el mundo, de polarizar la vida. No deja de ser útil, por ejemplo, para los niños pequeños identificar a su madre con el hada y la bruja de sus cuentos, asumiendo así el hecho, de otro modo inexplicable, de que la misma persona que satisface sus demandas también las ignore, quien tanto le quiere, le niegue deseos. Es menos peligroso imaginar dos madres diferentes: la totalmente buena, a la que amar, la totalmente mala, a quien aborrecer.

Al fenómeno de la polarización suele asociarse el de la *proyección*: aquello que rechazo de mí, lo cuelgo en los otros; ellos son los malos, los manipuladores, los violentos, los egoístas. Si no puedo aceptar en mí una debilidad, digamos, sexual, culpo a quien me sedujo, maldigo al diablo y sus mentiras, a la erotización del ambiente... Así, cuando descargo la

responsabilidad de mi caída sobre fuerzas exteriores irresistibles, me vivo tramposamente inocente. El caos interno se ordena, recuperó la alegría.

Divide Miguel su realidad en dos ejércitos en lucha, bajo dos banderas: la del bien, la virtud, Dios, y la del vicio, el mal, Satanás. En un bando, las fuerzas de Dios que nos acercan su gracia son: la nieve, el invierno, la desnudez del árbol, el silencio, el frío, las palmeras, el cardo, el lirio, el azahar, Castilla en su ascético paisaje... Por el otro campo seducen para la muerte: la palabra, los frutos, la fronda vegetal, el clavel y la rosa, la primavera y el verano, los perfumes, las avispas y abejas con su agujijón de eros, la levantina huerta, excitante y lujuriosa...

Pero veamos más en detalle cómo poetiza nuestro poeta/pastor el ciclo estacional, atribuyendo cualidades morales a la naturaleza, vegetalizando la virtud y el vicio. Jugando al teatro con los dramáticos personajes de su propia vida, ensaya Miguel los primeros apuntes del *Auto sacramental*. Cuatro actores habrán de encarnar cada una de las Cuatro Estaciones que se muestran en la segunda parte del Auto. El Hombre protagonista, deliberando en qué Estación vivir, elegirá, para su propio placer, el Verano, alejándose de Dios.

Frío, fríos, refríos fríos quiero

UN árbol desnudo de fronda en invierno, veíamos, constituye para Miguel el más expresivo símbolo de su aventura ascética. Profundicemos. En el poema *Invierno puro*, se poetizan tres meses de la estación dormida. Se describe en primer lugar *Diciembre* desde la modalidad *kinestésica* (PNL). Hace frío salvador, ese frío que hiela la sangre, anestesia deseos corporales, hace vibrar el alma en el concierto del Universo:

Fríos, fríos, refríos fríos quiero:
dolor, helor, temblor ¡ya! solicito:
temblar, cuerda templada por enero,
mano de Dios...

En *Enero* se destaca el simbolismo *visual* del color blanco, «un delicado blanco casi oscuro» (lo oscuro evoca para el Miguel católico interioridad, pureza):

¡Qué puro que no soy, ¡ay Dios!, qué puro

que ni fui ni seré, ¡ay!, ser quisiera,
y qué poco lo quiero y lo procuro!

Vendrá otra vez —¡que voy!— la Primavera
a darnos un pecado en una rosa,
y al cabo de su sol seré yo cera.

Desesperado porque sus intentos de vivir la pureza fracasan una y otra vez, sueña Miguel regaladas estaciones de higos, ciruelas, manzanas... Lo mejor, como Adán y Eva (Gen 3, 8), esconderse de un Dios que exige imposibles conductas de doble vínculo, huir, abandonar el camino de la virtud. Así se cierra el poema:

Evitaré, Señor, tu azul persona,
que dolencia quitó quien puso ausencia.

Finalmente, en modalidad *auditiva*, llega silencioso *Febrero*. Con la señal de la cruz sobre los labios, sobre todo el cuerpo, se van sellando los sentidos en fervorosa extremaunción:

Hablar: ¡hablar!... ¡Qué condición de loro!
Callaré un poco y miraré la altura,
a ver si en el silencio —¡chis!— mejoro
de condición, de estado, de criatura.

Varón yo de deseos

TRAS el *Invierno*, llegará la *Primavera* con sus rosas y sus pecados (*Primera lamentación de la carne*): «No seas, Primavera: ¡no te acerques!, / ¡quédate en alma, almendro!: / sed tan sólo un propósito de verdes, / de ser verdes sin serlo». En el *Verano* (*Estío robusto*), la sangre apresurará sus latidos: «Estío, estío, estío, / espigador de sexos, y del mío... / ¡Inquisición de agosto!...» Al llegar el *Otoño* (*Otoño mollar*), «ha empezado el deshielo —tibia nieve— / de la rosa, a frutar el datilero, / a sublevarse el vello de mis huestes, / a poco amar, varón yo de deseos».

Varón de deseos, varón de dolores, Miguel entabla duelo a muerte, por el paisaje de su corazón, entre la carne y el espíritu, el alma y el cuerpo. Uno de los dos ha de destruir al otro. Como escribe el padre Granada (II,1,V): «Los deleites espirituales huyen del corazón ocupado en

los temporales, las altas con las bajas, las eternas con las temporales, y las espirituales con las carnales». Tan insoportable le resulta a Hernández esta metafísica Guerra Civil, que necesita proyectarla en el paisaje de España: hay campos espirituales como los de Castilla, y excitantes, edénicos jardines, como la vega del Segura. Se bendice lo árido, se rechaza lo fértil (*Cuerpo y alma*):

A pesar de su aspecto,
la azucena es un vicio.
La naranja un pecado.

¡Oh virtud del olivo!
¡Oh alma en pie del almendro!
¡Oh grandeza del trigo!...

¿Libertades de campos?
¿Celdas de paraísos?

Me despojo del cuerpo...

Me venzo, mi enemigo.

Soy mi verdugo y juez

EN la lucha sin cuartel del cuerpo contra el espíritu, cada uno de los enemigos ganará batallas, pero no la guerra. En *Cántico corporal* (*yo en busca de mi alma*), sanjuanero Cántico *a lo humano*, hace Miguel inventario después de la contienda. Se dirige a su alma: «¡Ay, vida mutilada! / Yo, en mi mitad, ¡oh Bienenamorada!... // Ya no soy yo: yo soy mi anatomía... // Soy mi verdugo y juez, y más mi reo... // Tú [alma], mi ejemplar virtud, mi vicio caro... // Yo para ti, si tú para mi ruina».

El poema *Primera lamentación de la carne* da voz también a un cuerpo quebrantado por el espíritu/verdugo (superyó tiránico). En las dos últimas estrofas se invoca suicidamente a la Muerte, y se degrada la sexualidad, asociándola con el pecado, con los orines. El lenguaje erótico de Miguel se vuelve cada vez más preciso, violento, provocador:

¡Oh Muerte, oh inmortal almendro cano:
mondo, pero florido,
sálvame de mi cuerpo y sus pecados,
mi tormento y mi alivio!

La desgracia del mundo, mi desgracia
entre los dedos tengo,
¡oh carne de orinar activa y mala,
que haciéndome estás bueno!

«Haciéndome estás bueno» por la renuncia, el autocontrol... Pero casi siempre (ése referirá a la masturbación?)...

Malaganas me ganan, con meneos
y aumentos de pecados;
me corrijo intenciones y deseos
en vano, en vano, en vano...

El pecado por excelencia en la agonía de Miguel es el pecado sexual, y más específicamente, en estos años de ascetismo oriolano, la autocaricia sexual. Miguel Antolí generaliza este problema, tan obsesivo en ciertos círculos cristianos: «La sinceridad y la fina pluma del poeta han descrito muy bien el propósito, la lucha y las frustraciones del joven que quiere ser fiel al ideal de pureza que se le han enseñado. Hablando de lo suyo, nos ha dado la fotografía de lo que han vivido tantos otros» (19).

El joven protagonista del Auto Sacramental, el Hombre-Niño, con la metáfora de la cometa, tan querida de Miguel como la del pájaro prisionero o la yegua uncida, nos confiesa elegantemente cual es el hilo corporal que impide a su alma ser libre:

Yo soy como la cometa
que a los cielos se subió.
¿por eso es celeste? ¡No!
Que está a la tierra sujeta.
Ella tan sólo interpreta
una voluntad extraña.
Y hay que ver que, si se ensaña
el papel en huir tranquilo,
lleva en contra el rabo, el hilo,
la mano, el gusto y la caña...
Y ¡ay!, de pronto la destrona
de tan elevado empleo
como es volar, un meneo

(19) M. Antolí: *La religiosidad de los cristianos*, Facultad de Teología San Vicente Ferrer, Valencia, 1991, pp. 381-386.

simple en el hilo liviano,
sometiéndola una mano
al dictamen de un deseo.

Rabo, mano, gusto, meneo, deseo..., ¿no sugieren autoerotismo? A cada caída le seguirá la confesión («¿y cuántas veces?») para reconciliarse con Dios y evitar eternas llamas.

Bajo la maliciosa higuera

DE todos los vegetales, ocupa el primer puesto del inventario erótico de Miguel la *higuera*, asociada con el pecado original, transgresión sexual en su barroca teología. Así, en el Auto Sacramental, la Carne/Salomé/Eva danza lúbricamente con una manzana en la mano, que ofrece al Hombre-Niño. Éste «acerca su mano al fruto; pero reacciona hacia su niñez, hacia Dios, con el sentimiento doloroso, el presentimiento de que se le acabarán ambos» (QVI,1015). La Carne, para estimularle a morder la manzana, se le adelanta: «Yo morderé contigo el seno / por quitarte el temor de que es veneno». Muerde finalmente el Hombre-Niño/Adán/Miguel. Y se llena de tristeza.

Volvamos a la higuera. Dice la Biblia que Adán y Eva, después del pecado «entrelazaron hojas de higuera y se las ciñeron» (Gen 3, 7). En muchos poemas se refiere nuestro poeta/teólogo a esta hoja como «conci-sa/falda de los adánicos rubores (*Higuera*)». Observa Miguel tan bíblico árbol, acaso en su huerto familiar. Pareciera que un sol exótico inflamase, higuera, tus oscuros higos:

Lo mismo que horas fúnebres e iguales,
el sol, ennegreciéndose, blanda,
hincha, tus africanos genitales.

El áspero, sensual, roce de las hojas acariciadas por el viento parece evocar escenas de alcoba. La excitación levanta deseos (*Higuera*):

Tu ruido de almidón y de camisa
sin un silbo serpientes nos levanta,
semejantes a plátanos de prisa.

Si los higos enteros sugieren genitales masculinos, maduros, abiertos, evocan «dulces sexos femeninos (*Oda a la higuera*)». ¡Y cómo excitan al

poeta/hombre! Pero esta vez no descenderá a la magia de la espuma la cariciosa mano de Miguel:

Al higo, por él mismo vulnerado
con renglón de blancura,
y orines de jarabe sobre el lado
de su mirada oscura
voy, pero sin pasar de mi cintura».

Donde hay represión, girará la *obsesión*, se disparará la *proyección*. Una educación desvalorizadora del cuerpo, hipertrofiadora del pecado de la carne («en el sexo no hay parvedad de materia») fabrica neuróticos, y no tiene mucho que ver con el mensaje liberador del Evangelio, respetuoso del cuerpo, templo —no cárcel— del Espíritu. Otra cosa sería la alquímica *sublimación* hacia los más altos valores.

Me libré de los templos: sonreídme

PARA Miguel 1935 fue el año de la crisis, el año de la ruptura. El asceta Sijé desde Orihuela y Neruda —torrencial, gozador— desde Madrid, reclamaban urgentemente su atención (*Orejas inútiles*):

¡Ay qué solicitud! Silban a dúo,
éste a la zurda, aquel a la derecha
sobre una paz festiva de domingo.

Y yo a ninguno de ambos exceptúo
de mi atención que, duplicada, acecha
y el pájaro mejor, ¡ay!, no distingo.

Se decidió por Pablo y su vitalismo. En la Navidad de aquel mismo año muere repentinamente Sijé. Es por entonces cuando escribe los estre-mecidos versos de *Sonreídme*, su nuevo Credo revolucionario, nerudiano poema íntimo que no llegó a publicar pero que refleja, por su extremosidad, su apasionado fervor por un nuevo absoluto: el Pueblo.

Vengo muy satisfecho de librar-me
de la serpiente de las múltiples cúpulas,
la serpiente escamada de casullas y cálices:
su cola puso acíbar en mi boca, sus anillos verdugos

reprimieron y malaventuraron la nudosa sangre de mi corazón.
Vengo muy dolorido de aquel infierno de incensarios locos,
de aquella boba gloria: sonreídme.

«Vengo muy dolorido». Efectivamente, la serpiente de una asfixiante religiosidad, como hemos visto, «puso acíbar» en la boca y los versos de Miguel, más asceta que místico por aquellos años. Había que alejarse de ese Dios que reclama algo peor que sacrificar al hijo (prueba de Abrahán): que pide, que exige congelar, asfixiar, arruinar el propio cuerpo. Aquella serpiente/verdugo iqué eficazmente reprimió la sangre joven del poeta! «Para cantar la libertad y glorificar la sexualidad —nos explica Aggor— se verá obligado más tarde a dejar atrás el catolicismo, si no su fe en el Todopoderoso» (20).

A partir de ahora, vivirá una sexualidad integrada (21), cuerpo a cuerpo y alma a alma con la única mujer de su vida: Josefina. Y escribirá —¿por qué no?— místicos versos a su amada (*La boca*): «Hundo en tu boca mi vida, / oigo rumores de espacios, / y el infinito parece / que sobre mí se ha volcado...».

Habremos de agruparnos oceánicamente

EL poema prosigue, con la desbordada alegría de un neoconverso:

Me libré de los templos: sonreídme,
donde me consumía con tristeza de lámpara
encerrado en el poco aire de los sagrarios.
Salté al monte de donde procedo,
a las viñas donde halla tanta hermana mi sangre,
a vuestra compañía de relativo barro.

(20) K. Aggor: *Eros en la poesía de Miguel Hernández*, Spanish Literature Publications Company, York, South Carolina 1994, p. 70.

(21) En mi ensayo *Más allá de la piel. Para una integración de la sexualidad* (San Pablo, Madrid 1994), presento un modelo de sexualidad que integra todos los planos de la persona. Sugiero un itinerario madurativo desde una sexualidad pobre a una sexualidad plena que incluya lo espiritual. Más de ochenta poemas de autores contemporáneos ejemplifican el proceso. En la reseña que publicó RAZÓN Y FE (diciembre de 1994) se leía: «La grandeza del amor se capta así muy intuitivamente, y mejor, salvo excepciones, que la que puedan enseñar muchos tratados psicológicos sobre la sexualidad».

Agrupo mi hambre, mis penas y estas cicatrices
 que llevo de tratar piedras y hachas
 a vuestras hambres, vuestras penas y vuestra herrada carne,
 porque para calmar nuestra desesperación de toros castigados
 habremos de agruparnos oceánicamente...

Si en el plano personal, una sexualidad culpabilizada fue su gran contencioso con la religión, en el plano social lo será la insolidaridad católicoburguesa. Es verdad que por los años de la República, Orihuela era un atormentado mar de inquietudes culturales y sociales. Y que la Iglesia ayudaba asistencialmente a los necesitados, e incluso se ensayaban Círculos Obreros y hasta Sindicatos Católicos. El mismo Miguel leería el *1 de mayo* de 1930 en el Círculo Católico Obrero de su pueblo un extenso poema, *Al trabajo*, de casi ochenta versos. Pero se trataba de ingenuos Sindicatos confesionales, no de poderosos Sindicatos de clase. Una visión dialéctica de la historia abrió los ojos y el corazón de Miguel hacia un generoso compromiso revolucionario.

La Iglesia, hay que recordarlo, forzada sin duda por los excesos populares y legislativos de la República, hizo causa común con la derecha. Pero Miguel nunca renunció —según parece— a su fe religiosa. Una anécdota referida por Mojica: «En una ocasión, desde la línea de enfrente, un soldado de Franco les echa en cara que combaten contra la religión. Miguel le contesta que contra la religión no, sino contra sus mercaderes, contra quienes la deforman y atropellan en su nombre» (22).

Concluamos. Si en la guerra el soldado/poeta identifica a Dios con el Pueblo (*El Hombre, Dios para el hombre*), a los dos años de contienda, ahogado en sangre va escribiendo *El hombre acecha* (*El hombre, lobo para el hombre*). Años de cárcel arruinaron su salud y su vida, pero no su fe. *Eterna sombra*, uno de sus últimos poemas, se cierra así:

Soy una ventana abierta que escucha,
 por donde ver tenebrosa la vida.
 Pero hay un rayo de sol en la lucha
 que siempre deja la sombra vencida.

Ese rayo de sol le venía de arriba, le nacía de dentro (*El hombre, Misterio para el hombre*). Cerremos este ensayo con unos luminosos versos

(22) V. Mojica: *La religiosidad de Miguel Hernández y su poesía*, Litoral, 73-75, Málaga, 1978, p. 117.

del Auto Sacramental, que nos dan las últimas claves de la religiosidad de Hernández, «sacristán de iglesia pobre». El Esposo y la Esposa, padres del Hombre-Niño que acaba de cometer su primer pecado, dialogan amorosamente con él (QV I,1164):

HOMBRE-NIÑO	Busco cielo y isólo encuentro la tierra a mi alrededor!
ESPOSO	No mires al exterior que el cielo lo llevas dentro.
ESPOSA	Allí encontrarás su centro.